

## “El último Miguel Espinosa”

Eloy Sánchez Rosillo

Revista *Quimera*, Barcelona, núms. 106-107, septiembre de 1991, pp. 28-33.

Conocí a Miguel Espinosa a finales de 1978 (es decir, tres años y pico antes de su muerte). Cuando aún no lo conocía, mis noticias acerca de él eran bastante vagas. Sabía que era un escritor de Murcia, autor de un libro muy grueso, *Escuela de mandarines*, que yo había visto en ocasiones en las librerías de mi ciudad. Aunque supiera de la existencia de tal libro, ni por un momento se me ocurrió en aquel entonces el leerlo. Era, como digo, un volumen muy grueso, y obra, además, de un escritor de la provincia. Ambas cosas me predisponían en contra del acercamiento a sus páginas. Para embarcarme en la lectura de semejante tomo precisaba de garantías absolutas respecto de su calidad. Aquel libro tan gordo, y de un autor de mi tierra, me daba muy mala espina. Pensaba que Miguel Espinosa sería un escritor más de los de Murcia, y yo sentía entonces –con mayor virulencia que ahora, porque la juventud es muy intransigente– repugnancia de lo provinciano.

Recuerdo que conocí a Miguel en “Mi Bar”, cafetería murciana de la calle de Trapería (que algo después, y tras una pretenciosa reforma, pasaría a llamarse, cinematográficamente, “Novecento”). José López Martí –el más íntimo amigo de Espinosa, como se sabe-, a quien yo había conocido unos meses antes y con el que ya tenía una muy buena amistad, nos había hablado mucho de Miguel a Pedro García Montalvo, gran amigo mío, y a mí. También a Miguel, según sabíamos, le había hablado de nosotros, incipientes escritores por entonces (Pedro García Montalvo, inédito aún, trabajaba en su primer libro de relatos; yo había publicado a comienzos de ese años de 1978 mi libro primero de poemas). Y llegó un momento en que tanto Miguel como nosotros teníamos mutuo interés en conocernos. Se concertó una cita y López Martí nos presentó un día a Miguel, creo recordar que al atardecer, en la cafetería mencionada.

A pesar de que, gracias a López Martí, yo sabía ya bastante del escritor murciano antes de verlo por vez primera y había desechado los tontos prejuicios que, como he

dicho, con respecto a él tuve en algún momento, he de confesar que Espinosa, en aquel encuentro primero, me hizo una extrañísima impresión. Era un hombre tan absolutamente peculiar que, de entrada, tenía que resultar raro por fuerza. En cuanto José López Martí hubo hecho las presentaciones, y sin ningún preámbulo, Miguel comenzó a exponernos a Pedro García Montalvo y a mí las diferencias que él establecía entre *hecho*, *suceso* y *acontecimiento*. Pedro y yo, disimuladamente, nos mirábamos con perplejidad, y no acabábamos de creernos del todo a aquel personaje que, al mismo conocernos, así, sin más, había empezado a hablar –en la barra de una cafetería llena de gentes que bebían cerveza y comían ensaladilla rusa- de cosas tan trascendentes y sutiles.

Pero lo cierto es que, a medida que la conversación avanzaba, la sensación de extrañeza que las palabras de Miguel, y el propio Miguel, producían, fue poco a poco desvaneciéndose. Miguel Espinosa, como saben todos los que tuvieron la fortuna de tratarlo, era un conversador excepcional. Ante el decir de aquel hombre, uno llegaba a olvidarse de todo lo que no fuera ese mismo decir, en el cual había como un poder de encantamiento. El lugar y el momento podían ser inapropiados –en lo sucesivo, iría yo comprobando que para Espinosa, a la hora de hablar, no parecían existir momentos ni lugares inadecuados-, pero Miguel lograba crear con la palabra un ámbito a su alrededor en el que quedaban atrapados gustosamente quienes con él conversaban. Y esto ocurría así porque Miguel Espinosa, claro está, no era uno de esos discursadores de café que sólo se escuchan a sí mismos y que para nada tienen en cuenta a sus interlocutores. Su *método* era esencialmente participativo. Con gran habilidad, introducía en la conversación temas sobre los que deseaba discutir –si es que no aprovechaba otros que hubieran surgido ya para ir poco a poco llevando el agua a su molino-, y mantenía vivos el interés y el provecho de la charla demandando constantemente a quienes presentes en ella sus respectivas opiniones acerca de lo que se hablaba. Aunque alguna de tales opiniones fuera poco afortunada, Miguel la escuchaba con atención y la elogiaba, y después de corregirla y transformarla imperceptiblemente, añadiéndole mucho de su propia cosecha, la ponía de nuevo sobre el tablero como si procediera en exclusiva de quien en principio y con torpeza la había emitido, gracias a lo cual hasta el más tonto podía sentirse inteligente. La capacidad de Espinosa para la reflexión, el análisis y la elaboración de teorías era verdaderamente impresionante. No hablaba nunca por hablar o por pasar el rato. Le apasionaba pensar y hacer pensar a quienes con él dialogaban.

Incluso desde los temas más nimios y vanos, se alzaba siempre a conclusiones de alcance general que tocaban el corazón de muy hondos problemas y revelaban con nitidez la esencia de las cosas. Era un pensador metódico y minucioso. Edificaba sus prodigiosas construcciones especulativas despaciosamente, con intuiciones certeras, razonamientos sólidos y argumentaciones muy bien trabadas. Y a pesar de la gravedad y de la profundidad de su pensamiento, su palabra estaba siempre tocada por la gracia y por la amenidad. Despreciaba, no obstante, la pirueta verbal y los vistosos trucos del ingenio.

Tuve la suerte, a partir de aquel primer encuentro, de tratar a Miguel Espinosa con asiduidad. La diferencia de edad de más de veinte años que existía entre él y yo no nos impidió iniciar una amistad muy pronto afianzada y que sólo la muerte prematura de Miguel interrumpiría. Frecuentemente, al caer la noche, me encontraba con él y con los dos amigos más arriba citados –podían estar asimismo, a veces, otros amigos y conocidos- en la cafetería “Novecento”, que ya se llamaba así y que, luego de la reforma a que me referí, ofrecía un ambiente apto para la charla por su relativa tranquilidad. En otras ocasiones nos reuníamos, después de cenar, en casa de José López Martí (también, aunque menos a menudo, en la de Pedro García Montalvo o en la mía), y aquellas veladas solían prolongarse hasta muy altas horas de la madrugada, porque todos éramos por entonces –Miguel lo fue siempre- noctámbulos empedernidos.

Miguel Espinosa, tanto en el aspecto físico como en la imagen corporal que proyectaba, era el escritor más parecido a su obra que a mí me haya sido dado conocer. Ocurre con frecuencia, cuando conocemos a un escritor al que admiramos, que nos vemos sorprendidos por la acusada falta de correspondencia que observamos entre la idea que de él nos habíamos hecho leyendo sus obras y el hombre de carne y hueso que la realidad nos depara. Semejante desajuste –siempre más aparente que verdadero, pues, en el fondo, todo creador auténtico se asemeja a su obra- no se producía en absoluto en el caso de Miguel Espinosa. Miguel era parecidísimo a sus libros, y, sobre todo –y dejando aparte las debilidades humanas del escritor-, a ciertos personajes de sus obras, que son, en verdad, tan hondamente autobiográficos. Viéndolo a él se veía, sin ningún esfuerzo, al Eremita de *Escuela de mandarines*, al Godínez y al Lanosa de *La fea burguesía*, al Daniel de *Tribada*, e incluso, si uno lo imaginaba de joven, al protagonista de *Asklepios*. Cuando yo lo conocí, contaba Miguel cincuenta y dos años. Era un hombre de estatura mediana y de sólida complexión. Su cabello, entrecano, recio y

rebelde, tenía reflejos acerados. Sus movimientos y gestos eran lentos; la voz, pausada; los ojos, entre irónicos y melancólicos. Andaba cansinamente, con aire ensimismado, de muy particular manera. Cuidaba, sin afectación, del atuendo y tendía a vestir ropas de color oscuro. Poseía un fino sentido del humor y era cordial y humanísimo en el trato. Había en él rara mezcla de orgullo y de humildad, de fortaleza y de desvalimiento. De su persona se desprendía cierto dejo de tristeza.

Asistí como testigo cercano a la creación de los dos últimos libros de Miguel Espinosa (escritos uno a continuación del otro, prácticamente sin solución de continuidad), en los cuales, a mi juicio, alcanza el autor murciano las cimas más altas de su arte: *La tríbada falsaria*, publicado en 1980, y *La tríbada confusa*, prolongación del anterior, que estaba ya redactado por completo y en fase de revisión cuando a Miguel le sobrevino su repentina muerte y que no se publicaría hasta 1984. Aunque en su momento aparecieran como obras independientes, ambos libros son, en realidad, partes de una misma novela, *Tríbada*, y en atención a ello se editaron juntos en 1986, dando así cumplimiento póstumo al expreso deseo de su autor.

A finales de 1978, cuando nos conocimos, Miguel se encontraba ya trabajando en *La tríbada falsaria*. Los hechos en los cuales se inspira la obra, tan directamente relacionados con la vida del escritor, se habían producido sólo unos meses antes (en sus múltiples derivaciones, continuaban y continuarían aún produciéndose), y Miguel, en medio del dolor vivísimo y de la tremenda conmoción que los mismos le proporcionaron, comenzó en seguida a redactar las páginas de la novela. Laboraba en ella de manera obsesiva, y la obra, verdaderamente, avanzaba a medida que Espinosa iba extrayendo de la inmediata realidad los materiales con los que la construía. Me parecía mentira que Miguel fuera capaz de distanciarse tanto como escritor, para lograr objetivarlos, de unos hechos en los que de forma tan patética estaba implicado como hombre. Pero el milagro iba día a día sucediendo, ante los asombrados ojos de quienes tuvimos el privilegio de contemplarlo.

Es, desde luego, un error pensar, como algunos piensan, que *Tríbada* nació del encono y de la saña que Espinosa sentía por las personas reales que dieron lugar a la Damiana y a la Lucía de la obra. El odio es una pasión estéril. Yo no oí nunca a Miguel hablar con auténtica inquina de las personas a las que me refiero, a pesar de que ambas, porque la vida es así, le habían ocasionado a aquel hombre un daño tan grave. *Tríbada* no es fruto

del odio, sino del estupor, o, para decirlo de más espinosiana manera, del incesante *pasmo* del escritor ante unos hechos que no entendía, que no acertaba a explicarse. Espinosa estaba perplejo y como fascinado, dolorosamente fascinado, por lo que había ocurrido. Se empeñaba sin tregua en descifrar el misterio que para él encerraba aquel suceso y el enigma moral que motivaba la conducta de quienes lo protagonizaban. Espinosa tenía una mente implacablemente lógica y se preciaba de pensar con disciplina y de concluir con arreglo a principios. Pero el *caso* en el que la vida lo había involucrado era irreductible a la lógica, y los vanos intentos de analizarlo desde ella sólo podían conducir a la angustia y a la desesperación. En las conversaciones con el Espinosa de aquellos tiempos, salía indefectiblemente a relucir el tema que al escritor tanto le preocupaba. Miguel casi no hablaba de otra cosa. Y estaba siempre muy atento a los nuevos datos que la realidad pudiera suministrarle al respecto, bien como resultado de sus propias observaciones, bien a través de las informaciones, requeridas por él con insistencia, que los que estábamos en el secreto de sus cuitas le íbamos facilitando. Fueron años de mucho sufrimiento y de mucho desorden emocional y vital para Miguel Espinosa. Causa asombro el que de tan desarreglada zozobra pudiese surgir una obra de tan firme belleza. Con el paso del tiempo, Miguel fue poco a poco volviendo en sí y serenándose. Supo tal vez, al cabo, que en lo que concernía a aquel asunto, no se trataba de entender, sino de comprender, y la relativa comprensión con la que a la postre consideraba Espinosa todo lo acontecido, patente en las páginas últimas de *Tribada*, puso ciertamente algún sosiego en los días finales del gran escritor.

Miguel Espinosa cumplió su destino de modo ejemplar. Sería muy difícil encontrar en la sociedad literaria española contemporánea una trayectoria que como la de Espinosa pudiera constituirse en emblema moral de lo que debe ser un escritor. Todo lo sacrificó este hombre en aras de su obra, sin concesiones y sin vacilaciones. Vivió siempre modestamente, privándose de mucho, en su ciudad, alejado de los lugares en los que se reparten prebendas y prestigios, entre la indiferencia o la incomprensión de sus conciudadanos y la envidia y el desprecio de no pocos personajillos de la intelectualidad provinciana. Trabajó casi en el anonimato, con el apoyo y la admiración de muy pocos. Pero nada pudo con él, ni nadie consiguió doblegar su entereza. Tenía enorme fe en lo que hacía y era muy consciente, sin asomo de vanidad, del valor de su obra. En ella no sólo se confortaba. Despreciaba el éxito y la conquista del presente, en la que tantos escritores se afanan. Creía en el futuro y en su justicia insobornable. Acertó a escribir

unos cuantos libros de singularísima hermosura, que, tras la muerte de quien los creara, siguen y seguirán ahí, para honra de las letras de nuestro tiempo.